

MI EXPERIENCIA DE LA JMJ

SOR BELÉN GONZÁLEZ HERRERA



Después de la JMJ, con nuestra Santa Madre Soledad, solo puedo decir que “mi alma no sabe como dar gracias a Dios” porque he recibido gracia tras gracia. Agradecimiento que hago extensivo a nuestra Madre General y a esta gran familia religiosa que formamos las Siervas de María; desde lo más profundo de mi corazón, ¡gracias! Porque ha sido una experiencia inolvidable en mi vida.

El haber participado en la Jornada Mundial de la Juventud, ha sido para mí una gracia y un regalo y... desde que supe que iba a representar a las religiosas del mundo entero ante el Santo Padre, pues se convirtió también en una responsabilidad.

El encuentro con miles y miles de jóvenes con el Papa, ha sido un testimonio de fe ante el mundo, de una fe firme y cimentada en Cristo que ha sido capaz de superar tanto el intenso calor de Agosto como las repentinas tormentas. El testimonio de esos jóvenes, entre los que yo también me encontraba, su capacidad de aguante y superación ha sido un ejemplo para mí, hemos visto abrirse una puerta a la esperanza y a la confianza, ¡la juventud está con la Iglesia!, a pesar de que los medios de comunicación quieren vendernos otra imagen. Era impresionante y conmovedor ver las calles de Madrid abarrotadas de gente joven, llena de vitalidad y vendiendo entusiasmos y alegría... ¡la gran fiesta de la fe! Esta JMJ también ha supuesto un interrogante en mi vida. Yo también soy joven y además religiosa, he dejado mucho bueno por algo que considero mejor para mí y ¿cómo lo reflejo en mi vida? ¿Vivo mi vida religiosa con el mismo entusiasmo que hemos palpado esos días en Madrid? Y ¿vivo mi fe como una fiesta o como una tragedia?... a veces como dice el Apocalipsis “hemos dejado perder el amor primero” y nuestra fe está poco viva. Si soy religiosa tengo que demostrar al mundo quién me enamoró y que, realmente, seguirle me hace feliz.

Pero sin duda el día más intenso y emocionante para mí fue el 19 de agosto, cuando tuvo lugar el encuentro de las religiosas con S.S. Benedicto XVI. Es difícil explicar con palabras mi vivencia y experiencia de ese día. Ante todo tengo que decir, que desde que supe que tenía que pronunciar las palabras de acogida al Santo Padre, me sentí privilegiada y a la vez sorprendida porque entre todas las Siervas de María, seguramente más cualificadas que yo para tal evento, me hayan elegido a mí y depositado en mí su confianza. Tengo que decir que en todo momento me he sentido muy pobre e indigna para este cometido, pero una vez más se hacen patentes las palabras del Señor “Mi fuerza se manifiesta en la debilidad”

Es evidente que horas antes de llegar el Santo Padre y en el momento mismo de mi intervención, yo estaba muy nerviosa, por eso en un momento de mi larga espera, elevé los ojos al cielo y me encomendé a toda la corte celestial y principalmente a nuestra Madre Soledad pensando que ella desde allí tendría los suyos puestos sobre mí. Fue emocionante y, claro, al pronunciar estas palabras la emoción quiso exteriorizarse, el silencio era imponente y ciertamente en los momentos en que las religiosas, allí presentes, estallaban en aplausos, me proporcionaban cierto alivio. Era consciente de que el mundo entero tenía sus ojos sobre mí, pero no quería ni pensarlo porque sino no hubiera podido pronunciar palabra, eso sí, intenté expresar con convicción y de corazón lo que, estoy segura, todas las religiosas hubiesen querido decir al Santo Padre; y así me dirigí a él con la mayor serenidad y con la sencillez y humildad que fui capaz, porque esas son las dos notas características de nuestra Sta. Madre.

Y cuando ya me arrodillé ante él, entonces sí, la emoción brotó de una manera incontrolada; quería decirle que las Siervas de María estamos con él, que le apoyamos, que tiene nuestra oración, pero no pude pronunciar palabra, así que me limité a apretar fuerte su mano y besársela unas cuatro veces (según me dijeron que hice).

Tengo que decir que en todo momento me he sentido apoyada y respaldada por todas, la oración de muchas fue escuchada y la presencia misteriosa de mi gran familia religiosa se hizo palpable, nunca me he sentido tan aplaudida y aclamada, pero tengo que decir que yo no tengo mérito alguno, la alabanza y la gloria a Dios, que realmente hace maravillas en mi pobreza; y los frutos para nuestra Congregación si Dios así lo quiere.

Como digo para mí fue un día que permanecerá en mi recuerdo, estar cerca del Santo padre y bajo su mirada tan llena de ternura y bondad, es como estar un poquito más cerca de Dios... si una persona puede inspirar y transmitir tanto bueno, ¡qué será nuestro Dios!

No quiero dejar de agradecer la maravillosa acogida que nos dio la Casa-Madre en pleno, por el trabajo y esfuerzo realizado para que todas las que allí nos juntamos pudiésemos disfrutar de esa gran fiesta de la fe... Tenemos mucho por lo que estar agradecidas!!!



Sor Belén González Herrera
S. de M.